

## Epílogo

*Ramiro Segura*

### Un libro, acontecimiento sobre acontecimientos

“Se produce un libro: acontecimiento minúsculo, pequeño objeto manuable”, escribió Michel Foucault (1991, p. 7) en un nuevo prólogo a la reedición de un viejo libro suyo, alertando sobre las operaciones discursivas que buscan controlar, acotar, en definitiva, ordenar el discurso, ante el riesgo siempre latente de la proliferación de los sentidos, ante la apertura finita pero significativa -como diría Raymond Williams (1997)- que toda obra potencialmente contiene.

Ante la amable invitación de las coordinadoras Mariana Chaves, Ana Sabrina Mora y Sofía Silva a escribir el epílogo al libro colectivo *Acontecimientos disruptivos desde la antropología. Inundación y pandemia en La Plata*, no pude dejar de recordar (o de imaginar) la risa de Foucault, como la llamó Michel de Certeau (1998). Porque precisamente el epílogo es una de esas formas narrativas que, como el prólogo, operan sobre el orden de los discursos, pretenden predicar sobre la verdad del libro, buscan controlar ese acontecimiento minúsculo -pero abierto, reitero- que un libro es, o puede llegar a ser. Y las paradojas se multiplican aún más si atendemos a que el libro-acontecimiento del que este epílogo quiere hablar aborda precisamente acontecimientos (la inundación de la ciudad de La Plata en 2013, la pandemia global de la COVID 19 en 2020/21) desde la antropología sociocultural. Acontecimientos de acontecimientos de acontecimientos, entonces. O, para traer a Clifford Geertz (1997) sobre la naturaleza del dato etnográfico, interpretaciones de interpretaciones de interpretaciones.

Y entonces, al final, no estamos tan mal. O, al menos, la situación no difiere tanto de la propia naturaleza de la empresa antropológica. Como sea, para quienes con su lectura han acompañado hasta aquí el recorrido propuesto por este libro, conviene estar alertas a la advertencia geertziana-foucaultiana que esgrimo aquí. Este epílogo no puede “contener” al libro, entendido éste como acontecimiento irreductible a aquel, y lo que este epílogo diga sobre el libro no se extrae del mismo, sino que se añade, es interpretación de interpretaciones de interpretaciones. Esta interpretación se detiene en tres cuestiones medulares que me produjo la lectura del texto: 1) una propuesta de enseñanza y aprendizaje de la antropología; 2) una reflexión sobre las relaciones entre antropología y acontecimiento; y 3) unas notas metodológicas sobre el acontecimiento como objeto y como dispositivo analítico.

## Enseñar y aprender

Este libro es muchas cosas. Pero especialmente es una muestra de la poderosa recursividad que se puede establecer en los procesos de enseñanza y aprendizaje. El rasgo saliente del conjunto del libro es estar construido a partir de procesos de enseñanza y aprendizaje previos. Podríamos decir que todo manual o libro de cátedra que pretenda serlo debería descansar -y generalmente dice que descansa- en procesos de enseñanza y aprendizaje anteriores. Lo que distingue a este libro no es entonces esa asunción generalizada sino, en cambio, que efectivamente se nutre de los productos de procesos de enseñanza y aprendizaje previos. En efecto, la inmensa mayoría de los capítulos que lo componen fueron realizados por las y los estudiantes que transitaban la materia Antropología Sociocultural II en distintos momentos y son esos productos los que ahora integran un libro pensado para enseñar a -y para aprender con- futuros estudiantes que realicen ese tránsito.

Del recorrido por sus páginas resulta demasiado evidente que, en ese tránsito por la materia, a las y los estudiantes se les propuso “aprender haciendo”. Aprender la antropología como un oficio, como una práctica, como un conjunto de habilidades que se incorporan como resultado de la ejercitación, del ensayo y el error, de la experimentación y de la reflexión. Ese quehacer de la antropología como oficio se atisba en cada uno sus capítulos: la invitación a salir al campo e interrogar la realidad próxima, construir herramientas adecuadas para hacerlo, ensayar respuestas plausibles a esas preguntas y escribir ese recorrido de un modo que se transforme en un texto susceptible de consulta, de lectura, de aprendizaje, de interrogación. Ese es el movimiento general que anima a cada una de las contribuciones y, por transitividad, al libro en su conjunto.

El campo siempre ha sido una cuestión central de la disciplina: en las respuestas al dónde, qué y cómo mirar se cifran varias de las discusiones perdurables sobre los límites de la antropología. Al respecto, este libro se inclina por practicar una antropología de lo próximo, de lo cercano, una antropología que interroga la vida urbana de la que participan todas las personas (docentes y estudiantes) involucradas en la formulación de la interrogación y en el desarrollo de la pesquisa. Quizás no podía ser de otro modo. Contra las grandes narrativas disciplinares de la lejanía, la distancia y el exotismo del otro, las antropologías periféricas (como la argentina) se han construido al indagar en campos, lugares y actores de la propia cotidianeidad, una *alteridad próxima* (Peirano, 2007) que, aunque no cumple plenamente con las exigencias tradicionales de la disciplina, bien vale asumir como condición de posibilidad de su ejercicio en estas geografías. Incluso -por qué no pensarlo- asumir plenamente esa condición y mostrar su productividad a pesar de no cumplir con las exigencias tradicionales, quizás pueda desestabilizar problemáticos binarismos como nosotros y los otros con los que carga la disciplina desde hace tiempo (Caldeira, 2007) y sea un punto de partida para reflexionar críticamente sobre la restringida geografía de la teoría (Segura, 2021).

Más allá de esta cuestión disciplinar de la definición del campo, en el ejercicio propuesto a las y los estudiantes de analizar los propios entornos que habitan resuenan otros valiosos antecedentes de los estudios urbanos y de la enseñanza y el aprendizaje en ciencias sociales. Pienso

especialmente en la tradición inaugurada hace un siglo por Robert Ezra Park (1999), centrada en explorar etnográficamente -y de manera más o menos colaborativa- la propia ciudad, lo que dio origen a la primera escuela de sociología urbana, posteriormente conocida como Escuela de Chicago. Se trata, en definitiva, de explorar desde la antropología lo que nos rodea o lo que está cerca, aquello que nos atraviesa y de lo cual formamos parte. Aprender antropología haciendo antropología de nuestra propia vida cotidiana. Ejercicio que promete no solo incorporar prácticas, herramientas y saberes, sino avanzar en los modos de reaprender el mundo que habitamos.

A la vez, para precisamente propiciar este ejercicio de desnaturalización que involucra todo proyecto antropológico, hay una última cuestión no menor de la propuesta pedagógica que me gustaría señalar: el acontecimiento. Se trata, entonces, de proponer a las y los estudiantes la indagación de un escenario más o menos cotidiano atravesado por un acontecimiento disruptivo (la inundación, la pandemia) que instaura una hendidura, provoca un hiato, en el flujo de la vida cotidiana y, por lo mismo, propicia más temprano que tarde la interrogación y la reflexión sobre lo acontecido y sobre la vida cotidiana propia y/o de los demás, trastocada por el acontecimiento. El acontecimiento y su potencial disruptivo, entonces, como lugar metodológico para explorar el cotidiano.

## **Acontecimiento y antropología**

Por medio de esta propuesta pedagógica este libro se inscribe, entonces, en la tradición de reflexión e indagación sobre el acontecimiento. Resulta claro que la vida social es acontecer, algo que sucede, que se produce, reproduce y transforma a través de multiplicidad de prácticas entrelazadas, sucesivas y/o simultáneas, solidarias y/o en pugna. Sin embargo, no todas las prácticas, situaciones y eventos que acontecen, que suceden, constituyen un acontecimiento desde el punto de vista de las personas involucradas y de los colectivos humanos en los que se produce. Dentro del continuo e inacabado acontecer de la vida social, solo algunos procesos adquieren el estatus de acontecimiento. Sin pretender agotar aquí una bibliografía creciente en la antropología sobre el acontecimiento (la cual es retomada y discutida en algunos capítulos de este libro), los acontecimientos aquí analizados instauran un hiato más o menos perdurable en el flujo de la vida cotidiana. Precisamente por eso -por poner en cuestión supuestos más o menos naturalizados o autoevidentes, por exigir una creciente reflexividad sobre la conciencia práctica y por generar inadecuaciones en relación con lo incorporado en forma de *habitus*- los acontecimientos son, como decía en el apartado anterior, un lugar metodológicamente productivo para la antropología.

A la vez, aquí me interesa señalar otra dimensión que el acontecimiento ilumina. Me refiero concretamente a la pregunta por la ruptura, por la discontinuidad, por la transformación de la vida social; pero también a la pregunta inversa y complementaria por la continuidad, por los nexos entre lo ordinario y lo extraordinario, por las relaciones entre lo cotidiano y lo excepcional. En este sentido, una característica relevante de las contribuciones del libro es que, partiendo de una

propuesta pedagógica de aprender (antropología) haciendo una exploración del mundo próximo sacudido por un acontecimiento, los distintos capítulos de este libro conectan -de formas variadas- con las preguntas por la discontinuidad, por los nexos entre lo cotidiano y lo excepcional, y por lo que podríamos denominar la sedimentación del acontecimiento en la vida social posterior.

Quizás este dilema en torno al acontecimiento -su grado de (dis)continuidad respecto con la vida social en la que emerge y su poder de sedimentación diferencial en la experiencia social futura- se encuentre formulado de manera fascinante y perturbadora en unos breves ensayos de Walter Benjamin (1994, 2019) escritos en los años treinta del siglo pasado. Refiriéndose a los sobrevivientes de la Primera Guerra Mundial, Benjamin observó que “las gentes volvían mudas del campo de batalla. No enriquecidas, sino más pobres en cuanto a experiencia comunicable”. Y eso -agregó- no era nada raro:

Porque jamás ha habido experiencias tan desmentidas como las estratégicas por la guerra de trincheras, las económicas por la inflación, las corporales por el hambre, las morales por el tirano. Una generación que había ido a la escuela en tranvía tirado por caballos, se encontró indefensa en un paisaje en el que todo menos las nubes había cambiado, y en cuyo centro, en un campo de fuerzas de explosiones y corrientes destructoras, estaba el mínimo, quebradizo cuerpo humano (Benjamin, 1994, p.168).

El acontecimiento (sea una guerra, una crisis económica o política, etcétera) modifica radicalmente el escenario -“todo menos las nubes había cambiado”, escribe de manera conmovedora Benjamin- y así desmiente la experiencia social acumulada previamente. De manera similar, más de medio siglo después de los ensayos de Benjamin y casi veinte años después de las explosiones de Chernóbil en 1986, Svetlana Alexiévich (2015) exploró en *Voces de Chernóbil. Crónica del futuro* el impacto de la tragedia nuclear en las coordenadas espacio-temporales y en las bases ontológicas de las y los habitantes de Bielorrusia (y en cierta medida del mundo todo). Identificó, también, un hiato: “entre el momento que sucedió la catástrofe y cuando se empezó a hablar de ella se produjo una pausa. Un momento de mudez” (2015, p. 45), debido a la dificultad de “encontrar las palabras” para nombrar el hecho de vivir en un espacio arruinado: “Ha cambiado todo -escribe reiterando una parábola análoga a la de Benjamin-. Todo menos nosotros” (2015, p. 55). Por esto el proceso de inmersión que dio origen al libro de Alexiévich puede pensarse como un ejercicio colectivo de escucha, relato y memoria, un modo de reflexivamente retomar la palabra después del momento inicial de mudez.

Me gusta pensar en las exploraciones colectivas realizadas por las y los estudiantes en este libro como instancias de encuentro, escucha y narración acerca de acontecimientos disruptivos del cotidiano próximo de todas y todos. En estas exploraciones de la inundación y la pandemia -realizadas desde distintos ángulos, preguntas y enfoques- hay mutismo y hay marcas persistentes, pero también hay reflexividad, reaprendizaje, recreación del mundo.

## **Acontecimiento como objeto y como *locus* analítico**

Por último, me gustaría compartir unas breves notas metodológicas sobre el acontecimiento en las investigaciones realizadas. Concretamente quiero destacar cierta ambivalencia constitutiva del acontecimiento disruptivo (sea la inundación, sea la pandemia) cuyos extremos son el acontecimiento como objeto y el acontecimiento como dispositivo analítico. Con grados variables y modulaciones diferenciales, la tensión entre el acontecimiento como objeto y como enfoque se vislumbra en todos los trabajos.

Me refiero a que, como ya señalé, debido su carácter desestabilizante (más o menos profundo, más o menos durable) todo acontecimiento puede funcionar como un dispositivo de análisis. Y así opera en muchos de los trabajos: una instancia privilegiada para “salir a mirar” y, en ese camino, aprender a hacer trabajo campo, formular un problema, diseñar y aplicar herramientas (como la observación, la entrevista y la encuesta), analizar los datos producidos y presentar los resultados por escrito dialogando con el conocimiento previo.

En este trayecto, a la vez, las exploraciones resultantes de este proceso de enseñanza y aprendizaje también “dicen algo” sobre los acontecimientos como objeto. Ahí están las huellas, las memorias, *la casa seca* (maravilloso hallazgo etnográfico), los procesos de colectivización, las redes solidarias, las coberturas mediáticas, entre otras dimensiones, de la inundación como acontecimiento. E incluso son precisamente esas memorias, redes y colectivos sobre los cuales los distintos capítulos brindan pistas e indicios, las dinámicas que podrían ayudarnos a pensar el procesamiento social y temporal que siguió a la disrupción generada por la inundación en La Plata. Por su parte, la exploración de la pandemia durante su propio transcurrir propició el despliegue de la “imaginación metodológica” de las y los estudiantes quienes estaban sujetos, como toda la población, a medidas de distanciamiento y aislamiento. Se pusieron en práctica estrategias novedosas como la autoetnografía y la etnografía virtual, así como también se utilizaron plataformas y tecnologías digitales para abordar distintas aristas de la pandemia. Ahí están los trabajos sobre diversos grupos etarios como niños y adultos mayores, sobre actividades sociales como la docencia y el estudio a distancia, la limpieza en el sistema de salud y la policía en contexto de aislamiento, y también sobre dinámicas interaccionales como la amistad y la alteridad en tiempos de pandemia.

No corresponde a este epílogo presentar cada uno de esos hallazgos. Solo quería remarcar la dimensión productiva de esta experiencia pedagógica. Hay en este libro una propuesta que no solo articula de modo virtuoso enseñanza y aprendizaje de la antropología en lo que condensé en la fórmula “aprender (antropología) haciendo”, sino que también la propuesta pedagógica invita -sin ser su prioridad- a la producción de conocimiento antropológico sobre los terrenos que explora.

## Cierre

Escribir -sostuvo Roland Barthes (2003)- tiene que ir acompañado de un callarse; escribir es ofrecer la última palabra al otro. En este pequeño acontecimiento que todo libro es, se condensan prácticas, voces y experiencias diversas a partir y acerca dos acontecimientos disruptivos. Desde mi perspectiva, valoro especialmente la recursividad entre enseñanza, aprendizaje e investigación en el ámbito universitario. Un libro de cátedra que no solamente está destinado a estudiantes, sino que se construye a partir de las prácticas y las producciones de las y los estudiantes realizadas en el marco de la cátedra. En síntesis, un modo participativo, comprometido y creativo de enseñar y de aprender, de aprender haciendo, y, en ese mismo proceso, de producir conocimientos.

Ahora corresponde callarse. Dejar que el libro -ya no un objeto manuable como pensaba Foucault, sino un archivo circulable-, haga su camino, construya a lo largo de su circulación y sus lecturas una biografía social. Por supuesto, si bien se trata de un público potencialmente amplio, sus destinatarios principales serán estudiantes, docentes y colegas, que podrán leerlo, discutirlo, utilizarlo, replicarlo, construir a partir de él. Creo que un hermoso desafío a futuro para la cátedra Antropología Sociocultural II consiste precisamente en nutrirse del libro para multiplicar los diálogos y continuar con las y los estudiantes por venir el proceso recursivo que conecta de maneras variadas la enseñanza, el aprendizaje y la investigación.

## Referencias

- Alexiévich, S. (2015). *Voces de Chernóbil. Crónica del futuro*. Debate.
- Barthes, R. (2003). *Ensayos críticos*. Seix Barral.
- Benjamin, W. (1994). *Discursos Interrumpidos*. Planeta-Agostini.
- Benjamin, Walter (2019). *Iluminaciones*. Taurus.
- Caldeira, T. P. d. R. (2007). *Ciudad de Muros. Crimen, segregación y Ciudadanía en São Paulo*. Gedisa.
- De Certeau, M. (1998). *Historia y Psicoanálisis*. Universidad Iberoamericana.
- Foucault, M. (1991). *Historia de la locura en la época clásica*. Fondo de Cultura Económica.
- Geertz, C. (1997). *La interpretación de las culturas*. Gedisa.
- Park, R. E. (1999). *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Ediciones del Serbal.
- Peirano, M. (2007). Antropología sin culpa: una visión desde Brasil. En Degregori, C. y Sandoval, P. (Comps.), *Saberes periféricos. Ensayos sobre la antropología en América Latina* (pp. 227-247). Instituto de Estudios Peruanos.
- Segura, R. (2021). *Las ciudades y las teorías. Estudios sociales urbanos*. UNSAM Edita.
- Williams, R. (1997). *Marxismo y Literatura*. Biblos.